

Vivimos en una "cultura de la ausencia de Dios" en la que la religión y la fe han quedado en gran medida relegadas a la esfera privada, y en la que asistimos a una verdadera "crisis de Dios" que se manifiesta en la *indiferencia* en cuestiones religiosas y en la *increencia*, como fenómeno cada vez más extendido¹. La exclusión de la religión de los ámbitos públicos tiene consecuencias que se dejan sentir en la convivencia y colaboración entre las personas y los pueblos. La ruptura del diálogo entre la fe y la razón comporta consecuencias negativas tanto para la razón que corre el riesgo de creerse omnipotente como para la fe que necesita de una continua purificación cuando se contrasta con la razón.²

CRECER EN LA FE Y EN LA EXPERIENCIA CRISTIANA DE DIOS

Elisa Estévez López

 **enfoque**

Universidad P. Comillas

La crisis de Dios como oportunidad

Si bien es cierto que aumentan los movimientos religiosos, en realidad, en muchos casos, vienen a ser "religiones sin Dios", en las que la transcendencia se presenta a medida humana y en las que se sustituye a Dios más que orientar hacia Él, como bien indica Martín Velasco³. Nos encontramos también con estilos de espiritualidad que apartan del mundo, embarcados en búsquedas descomprometidas, habitando "paraísos espirituales" que

se construyen al margen del caminar de la historia con todas sus ambigüedades, pero también con todas sus posibilidades.

Sin embargo, al mismo tiempo, las distintas religiones ofrecen el testimonio de hombres y mujeres que promueven la paz, el diálogo de las culturas y de los pueblos, auténticas experiencias de interioridad y mística. También encontramos hombres y mujeres cristianos que en distintos rincones del planeta están dispuestos a vivir la para-





doja de su ser, adentrándose en la altura, en la profundidad y anchura de sí mismos y de la historia, acogiendo en definitiva la invitación del Dios de Jesús a conocerle, acogerle, adorarlo y confesarle como Quien orienta y determina su ser y su quehacer, su conocer y su querer, su amor y su compromiso, llevándoles a la plenitud que sólo en Él se encuentra (cf. Ef 3,19).

En esta situación de encrucijada, de búsquedas y de crisis, se van abriendo nuevos paradigmas para crecer en la fe y en la experiencia de Dios. El silencio y la ausencia de Dios son oportunidad de gracia y constituyen un desafío para encontrarse en verdad con el Dios de Jesús. El Espíritu está atravesando la historia y encamina a los creyentes hacia una experiencia de Dios más purificada y renovada, aleja de caer en la tentación prometeica de dominar a Dios, de hacerle a nuestra medida. El Espíritu adentra en una experiencia nueva de Dios en la que él lleva la iniciativa y donde su visita y su bendición se reciben y no se fuerzan; donde la respuesta brota como agradecimiento, adoración y compromiso en lo que él quiere y como quiere.

Creer en la fe, una experiencia de plenitud de lo humano

La capacidad de confiar, de amar y de esperar nos estructura como personas. La gracia entra así expandiendo dichas capacidades y llevándolas a plenitud. En concreto, la fe entronca con ese eje estructural que es la capacidad de todo ser humano de recibir y dar confianza, con su necesidad de confiar y confiarse.

No creemos al margen de nuestra humanidad. La gracia entra en nosotros llevando a plenitud todo lo humano, nos capacita para *una nueva forma de existencia* que en el caso de la fe significa *crecer en confianza*, desarrollar la capacidad de vivirse con la seguridad de saberse sostenido y alentado al crecimiento, seguro del amor incondicional que lleva a establecer un vínculo decisivo con Dios y con los demás hombres y mujeres, como hermanos en el Hermano. La gracia hace posible el despliegue de la confianza en uno/a mismo/a, en los otros/as y en el mundo, en el

sentido que tiene toda vida. “Confiar absolutamente, dice Martín Velasco, no es un acto añadido al ser ya logrado, es la única forma lograda de ser, que repercute y se expresa en la voluntad del hombre, en su razón, y transforma el ejercicio todo de la vida”⁴. El Espíritu que nos habita “nos ensancha”, alarga todas nuestras posibilidades llevándonos a plenitud, hasta participar de la vida misma de Dios. La experiencia de creer es ante todo saberse sostenido y fundado, protegido y preservado en todas las circunstancias de la vida (“En Dios sólo el descanso de mi alma, de él viene mi salvación; sólo él mi roca, mi salvación, mi ciudadela, no he de vacilar”, Sal 62). “La fe –dice Pannenberg– es un movimiento extático que nos arranca de nosotros mismos y nos planta en aquel en quien confiamos”⁵. Más que una creencia, la fe es confianza, adhesión a quien sostiene y fundamenta, a quien es el origen y la meta de nuestro ser. Con ello afirmamos que el ser humano no está solo ni en su señorío ni en su miseria. Como afirma Karl Barth, “Dios nos sale al paso y da la cara enteramente por nosotros como nuestro Señor y Maestro. En los días buenos y en los malos, en nuestro extravío y en nuestra rectitud, somos, actuamos y sufrimos en esta confrontación. No estoy solo; Dios viene a mi encuentro; en toda circunstancia, estoy de un modo u otro en su compañía. Esto es lo que quiere decir *creo en Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo*”⁶.

En esta situación de encrucijada, de búsquedas y de crisis, se van abriendo nuevos paradigmas para crecer en la fe y en la experiencia de Dios. El silencio y la ausencia de Dios son oportunidad de gracia y constituyen un desafío para encontrarse en verdad con el Dios de Jesús.

La fe, experiencia de un encuentro singular y paradójico

Si creer es confiarse a quien es Palabra, al Dios que revelándose se hace *capax hominis* invitándonos a entrar en comunión con él, entonces la fe es ante todo y sobre todo **encuentro, relación, comunicación**. Pero y aquí viene la primera paradoja, esa comunicación que acontece en el encuentro con Dios es posible, no por la fuerza o la capacidad del ser humano por sí mismo, sino **sólo porque Dios ha dado al ser humano la capacidad de oír y de responderle** consintiendo y asintiendo a lo que él es (DV 2)⁷. Por tanto, la fe es el *don* del encuentro con el Dios de Jesucristo que nos hace *libres*; libres para escucharle y responderle.

El encuentro creyente acontece cuando se hace la experiencia de que **Dios es siempre mayor**, cuando en la cotidianidad hombres y mujeres asisten con asombro y agradecimiento a una Palabra y una Presencia que les desborda y les excede, cuando “se topan” de frente ante él como “cercana lejanía”, cuando en el entramado de nuestra concreta historia de cada día se presenta como “misterio inabarcable, jamás penetrable, jamás manipulable, y lo sigue siendo por toda la eternidad”, y entonces nos entregamos a él no convirtiéndole en instrumento de nuestra propia autoafirmación⁸.

Creer es confiarse, pero esto **no significa que se deja a un lado la propia responsabilidad de vivir**. Antes bien la fe implica arriesgarse a caminar apoyado en Dios, dinamizado por él sosteniéndose en su Promesa, aun sin tener la certeza de ver por dónde se camina, incluso en los momentos en que las “propias parálisis” parecieran abortar la confianza. Caminar de esta manera implica dejar de confiar en uno mismo y, por tanto, no sentir la necesidad de justificarse, disculparse, salvarse y mantenerse por sí mismo, ni de agarrarse o temer las consecuencias de vivirse apoyado en otras instancias convertidas en “dioses”.

Creer es **adhesión personal** al Dios de Jesucristo y **encuentro** con el Misterio, pero al mismo tiempo, esa entrega personal y subjetiva a Dios (*fides qua*) se entrelaza con la aceptación libre de su revelación expresada

en las distintas mediaciones doctrinales en las que ha quedado plasmada a lo largo de la historia de la Iglesia (*fides quae*). Son esas mediaciones objetivas, generadas en diferentes culturas y esquemas racionales, las que “preceden de alguna manera a nuestro encuentro personal con el Misterio, al que sólo podemos identificar como tal gracias a las mediaciones de la Iglesia en la que nacemos a nuestra fe “personal”⁹. De aquí que podemos decir que toda experiencia personal de la fe ha de ser elaborada racionalmente, es decir, la *fides qua* tiene que formularse en términos de la *fides quae*.¹⁰

La fe es un **encuentro personal y confiado con Dios**, pero al mismo tiempo se accede a ella gracias a los **testigos** que nos han llevado hasta él, que acompañan y alientan en el camino del seguimiento, que constituyen la comunidad *con-vocada* por un mismo amor a hacer suyo el proyecto de amor del Dios de Jesús, que se reconoce como pueblo en camino con diversidad de dones y servicios, corresponsable y activo. La fe es, por tanto, en su realización, **eclesial**¹¹.

¿Cómo hacer experiencia de Dios en lo concreto de la vida diaria?

La sociedad en la que vivimos no hace fácil el encuentro con Dios. Son muchos los “ruidos” que interfieren la escucha atenta y dificultan el reconocimiento del Dios de Jesús en la historia personal y colectiva. La dispersión, la falta de silencio, la idolatría del momento presente y de la instantaneidad como forma de vida, la invasión y sobresaturación de la información, la hipersolicitación y la continua estimulación de necesidades artificiales en la sociedad del consumo, alejan de la experiencia de Dios porque su presencia se hace en lo más profundo del ser donde el ser humano reconoce su sed de infinito. En palabras de Pagola, *La cultura moderna se convierte así en una cultura de la “intranscendencia”, que ata a la persona al “aquí” y al “ahora” haciéndole vivir sólo para lo inmediato, sin necesidad de abrirse al misterio de la transcendencia. Es una cultura del “divertimiento” que arranca a la persona de sí misma haciéndole vivir en el olvido de las grandes cuestiones que lleva en su corazón el ser*



humano. En contra de la máxima agustiniana: “No salgas de ti mismo; en tu interior habita la verdad”, el ideal más generalizado es vivir fuera de uno mismo.¹²

Pero hay otra condición esencial para que acontezca la experiencia de Dios: entregarse a él en lo concreto de la propia vida, y consentir en “una radical revolución existencial”, es decir, disponerse con lucidez y confianza a la reordenación existencial que acontece cuando todo el ser se vuelve de nuevo hacia el Señor de la Vida (conversión). Dios sale constantemente a nuestro encuentro. Así nos lo ha enseñado la Escritura, relato apasionante de la historia de amor de Dios con hombres y mujeres a los que ha solicitado, nunca impuesto, su respuesta poniendo en juego su inteligencia, su amor y su libertad. Dios toma siempre la iniciativa y sale al encuentro como presencia amorosa que se ofrece, no se impone, a un sujeto igualmente personal que responde con la invocación, la alabanza, el diálogo, la entrega de la vida.¹³

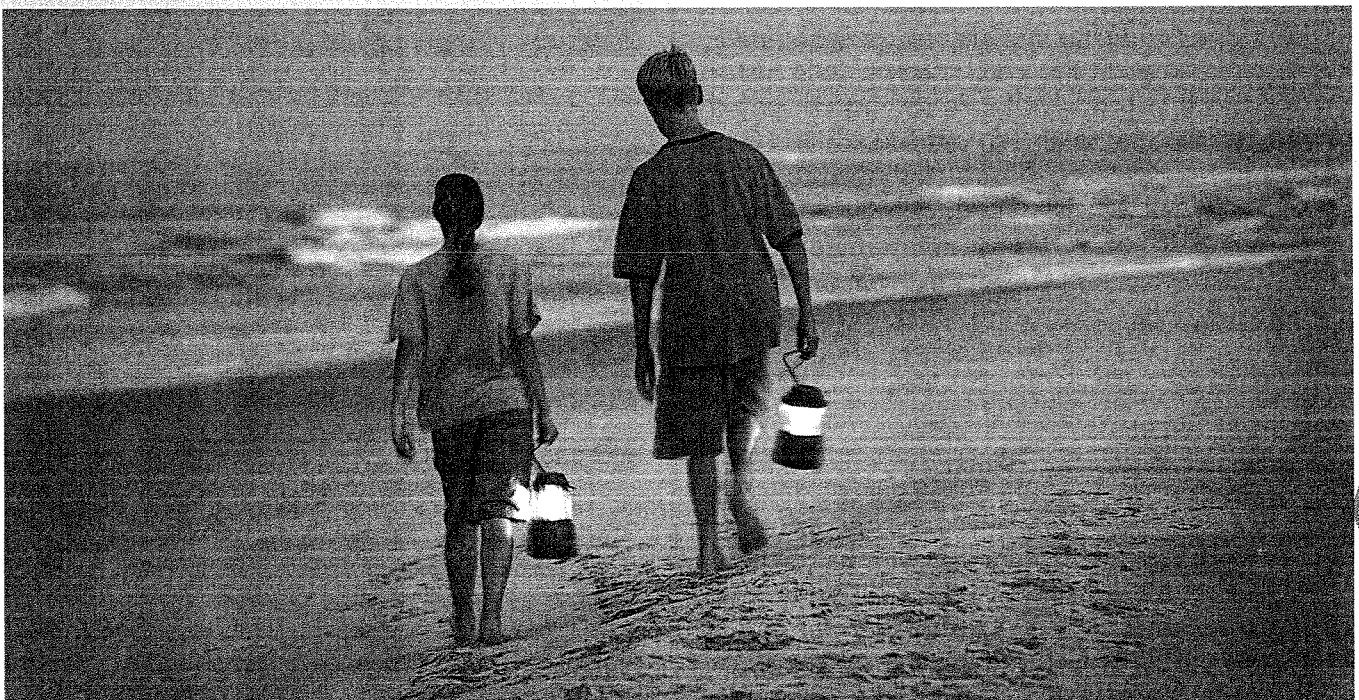
Condiciones que hacen posible el encuentro con Dios

Se hace necesario “dejarse encontrar” por Dios en el entramado concreto de la historia, en el claroscuro de la aventura de la vida. Y para ello, se precisa cultivar la disposición para ser alcanzado por su visita y su bendición. El encuentro acontece en la medida en que Dios toma la iniciativa y nosotros crecemos en consciencia de su actuar en nuestras existencias y respondemos apoyados y confiados en Él.

La tarea de disponerse se va entretejiendo en la medida en que se cultivan determinadas capacidades y actitudes que, por un lado, nos van construyendo como sujetos capaces de la experiencia de Dios y que, por otro lado, implican dejar atrás aspectos interiores y exteriores que dificultan dicha experiencia¹⁴.

En la particularidad de los itinerarios creyentes los elementos que disponen a la experiencia de dejarse encontrar y acoger al Misterio que irrumpe en la vida, son:

Se hace necesario “dejarse encontrar” por Dios en el entramado concreto de la historia, en el claroscuro de la aventura de la vida. Y para ello, se precisa cultivar la disposición para ser alcanzado por su visita y su bendición.



Si la fe no se trata de un mero asentimiento racional, es necesario decir igualmente que la fe tampoco se reduce a emoción o sentimiento en relación con la trascendencia; ni tampoco se trata simplemente de adherirse a una serie de valores, por muy buenos y evangélicos que sean.

Abandonar el afán prometeico de dominar, de saber, de poseer, de llevar en definitiva, por sí mismo y desde sí, los hilos de la propia existencia, reconociendo la propia finitud. La fe supone iniciar una salida de sí, un éxtasis, como lo hicieron Abraham y Sara. La fe implica descentrarse para que Dios ocupe el centro del ser, y sea Él y su sueño de amor para nosotros lo que se anhela y para lo que se vive. Sólo así puede acontecer la divinización del ser humano: “siendo plenamente humanos porque henchidos de Dios” (Pedro Poveda).

Reconocer con agradecimiento todo lo recibido de Dios, cómo su amor le constituye y hace crecer, *reconocer confesando* cuánto nos ha dado Dios en Cristo, y *reconocer adorando* su presencia en el interior de la historia y en la propia vida. Es reconocerle como Salvador, como el “Yo soy” (Ex 3,14; Gen 15,7) y entregarse libre y por entero a Él en medio de las vicisitudes de la historia, la personal y la social.

Acoger y aceptar libremente la revelación de Dios en Cristo y adherirse a ella. Ahora bien, no se trata de un mero “asentimiento nocional” que se otorga a determinadas nociones que llegamos a comprender, sino de un “asentimiento real” que se verifica cuando entramos en contando con el Dios de Jesús (realidad experienciada) y nos entregamos a ella *re-ordenando* la vida de manera tangible y permanente. Pero si no se trata de un mero asentimiento racional, es necesario decir igualmente que la fe tampoco se reduce a emoción o sentimiento en relación con la

trascendencia; ni tampoco se trata simplemente de adherirse a una serie de valores, por muy buenos y evangélicos que sean.

Nada de todo ello se hace al margen del crecimiento humano que se va dando en la persona, de los procesos de reconstrucción y sanación de sí mismo/a. La experiencia de Dios se entreteje con el proceso de crecimiento que se va dando a lo largo de todas las etapas de la vida. Esas disposiciones, esenciales para que el encuentro con Dios acontezca, pueden encontrar resistencias y defensas más allá del propio deseo. ©

NOTAS

1. Cf. JUAN MARTÍN VELASCO, “La experiencia de Dios, hoy”, *Manresa* 75 (2003) 6.
2. En *Caritas in veritate* n° 56, leemos: “La religión cristiana y las otras religiones pueden contribuir al desarrollo *solamente si Dios tiene un lugar en la esfera pública*, con específica referencia a la dimensión cultural, social, económica y, en particular, política (...) *La razón necesita siempre ser purificada por la fe*, y esto vale también para la razón política, que no debe creerse omnipotente. *A su vez, la religión tiene siempre necesidad de ser purificada por la razón* para mostrar su auténtico rostro humano. La ruptura de este diálogo comporta un coste muy gravoso para el desarrollo de la humanidad”.
3. Cf. JUAN MARTÍN VELASCO, “La experiencia de Dios, hoy”, 6.
4. JUAN MARTÍN VELASCO, *La experiencia cristiana de Dios*, Trotta, Madrid 1995, 32.
5. W. PANNENBERG, *La contribución de Martín Lutero a la espiritualidad cristiana*. Lección de doctorado Honoris Causa en la Universidad Pontificia Comillas, 6 de mayo de 1999, 4.
6. KARL BARTH, *Esbozo de dogmática*, Sal Terrae, Santander 2000, 23.
7. Teresa nos dirá que hemos sido capacitados para “poder tener su conversación no menos que con Dios” (1M 1.6).
8. Cf. KARL RAHNER, *Amar a Jesús, amar al hermano*, Sal Terrae, Santander 1983, 71-72.
9. Cf. JUAN MARTÍN VELASCO, “Creer: existir para los demás desde el único centro”, *Sal Terrae* 1993, 260.
10. Cf. EDWARD SCHILLEBEECKS, *Los hombres relato de Dios*, Sígueme, Salamanca 1994, 59.
11. Cf. JUAN MARTÍN VELASCO, “Creer: existir para los demás”, 258-259.
12. JOSÉ A. PAGOLA, “Silencio y escucha frente a la cultura del ruido y de la superficialidad”, en: http://mercaba.org/FICHAS/Vida_consagrada/silencio_y_escucha_frente_a_la.htm
13. Cf. JUAN MARTÍN VELASCO, *Introducción a la fenomenología de la religión*, Cristiandad, Madrid 1978, 85-204.
14. Cf. DARIO MOLLÁ, *Cristianos en la intemperie. Encontrar a Dios en la vida*, Cuadernos EIDES n° 47, 2006, 4, en www.fes-pinal.com.

